

al nivel general, dominóse así mismo y en el momento decisivo logró revestirse de una serenidad sin límites....

¿Iba a matar él....?

¿Iba a faltar él a las magníficas creencias que tantas veces había predicado?

Y aun con esto ¿podría él admitir otra vez el cuerpo sin alma de la mujer amada?

En medio de su magno desvarío comprendió que nunca jamás volvería a ser feliz sin el cariño de aquella mujer y que su vida en adelante debía dedicarla a laborar por la felicidad de la amada y por el bien de la humanidad.

* * *

A las 10 de la mañana del día siguiente, Juan, el criado fiel del Duque de Casaflores llamó repetidas veces a su dormitorio; al no recibir contestación y temiendo una desgracia hizo saltar la cerradura (la habitación estaba vacía) únicamente se halló encima de su mesa de despacho un sobre lacrado dirigido a su notario.

Avisado este y enterado del escrito, manifestó que el Sr. Duque a causa de gravísimos asuntos políticos salía para el extranjero y que si pasados dos años no daba señales de vida, su esposa quedaría en pleno dominio de toda su fortuna, pues sería señal de que había muerto en la empresa.

* * *

Han pasado tres años:

En el palacio de la viuda Duquesa de Casaflores, en Madrid, se nota singular animación. Un caballero de noble aspecto y en cuyo rostro se notan las huellas de terribles sufrimientos se aproxima a uno de los palafreneros que hay en el amplio vestíbulo y le pregunta la causa de tal revuelo. El lacayo le contesta:

«Caballero, la Sra. Duquesa presenta hoy a sus amistades a su futuro esposo Tonny Workman».

El caballero le arroja una moneda de plata y se aleja apresuradamente.

De sus ojos se han desprendido dos lágrimas.

Momentos después en el Convento de Jesuitas de la calle Z el noble caballero solicitaba asilo para un desgraciado.

FIN.

NUESTRA ESTAFETA

V. M. J.—Recibidas sus cuartillas «Dramas de la Vida» (Historia que parece cuento) y siento decirle que más que de cuento y de his-

toria tiene de escabroso su asunto, por cuyo motivo no se puede publicar. No encaja esa clase de literatura en este periódico. Mande otra cosa menos «verdosa» y se le publicará.

—☺—

M. B. Huete.—Su cuento de reyes, muy bonito y bien hecho, llega a mis manos cuando ya el periódico está completo y no puede publicarse. Como no yendo hoy pierde el carácter de actualidad, le agradeceré me mande alguna otra cosa para publicarla en el número próximo.

—☺—

P. P. Aranjuez.—Llegó su poesía «No sé escribir», que por el título me ha convencido, desde luego, y de la que copio los siguientes versos para que el lector pueda juzgar sobre ella:

«No sé escribir lo confieso
y por eso
aquí en esta poesía
quiero decirte alma mía
en lo que consiste un «veso».
No sé escribir y por eso»...

Y por eso ha debido desistir en absoluto de hacer nada.

Me convence usted, (y a cualquiera por supuesto) de que no sabe escribir, pues o esos «vesos» suyos, así con V, no son como los que acostumbran darse todos los mortales o deben ir escritos con B. Además; eso de que por que no sabe usted escribir quiera decir en verso una cosa, no lo veo muy claro. Por más que casi, casi, puede dársele la razón ya que parece que eso de rimar es cosa al alcance de todos y en lo cual todo el mundo hace verdaderas filigranas.

Pero aquí sentimos mucho no poderle publicar su trabajito, no solamente por lo rematadamente malo que es, sino por temor a la «severa crítica» que con nosotros se viene observando. No vaya a creer una «Mis» cualquiera por allí que, además de no saber escribir, tampoco sabemos leer los originales que nos envían.

Y a usted no me atreví a decirle siquiera que mande alguna otra cosita, como no sea una «escusilla» de fresa de ese pueblo, luego en su época. Y esto si que se lo agradecería aunque viniese la dirección escrita con faltas de gran tamaño.

—☺—

C. B. DEO.—Su cuento resulta demasiado «Bolchevique» para publicarlo aquí, No es preciso «forzar tanto la máquina» ni matar a tan-